

La historia oculta del Tíbet ...

Alonso Rodríguez Chaves*

*"En el centro del cielo.
En el corazón del continente.
Cintura de nieve. Cabeza de todos los ríos.
Tierra pura de altas montañas donde
los hombres han nacido sabios y héroes."*

Manuscrito tibetano del siglo VIII

RESUMEN

En el marco previo de los Juegos Olímpicos de Pekín, el recorrido de la llama olímpica por las principales ciudades del mundo, se ha visto salpicada por protestas y disturbios. A la luz de estos acontecimientos, el artículo busca analizar una serie de hechos que pueden ayudar a dilucidar al lector las posibles razones que originan dichas protestas. En particular, se refiere a algunas prácticas realizadas por China desde que ocupó el Tíbet en 1950, que trajo consigo repercusiones para el modo de vida de esa nación. En

* Encargado de la Cátedra de Historia de la Universidad Estatal a Distancia. Licenciado en Historia y egresado de la maestría en Estudios Europeos e Integración.

Rec. 7-5-09 Acep. 9-7-09

general se invita al lector a ahondar y reflexionar en un conjunto de hechos desconocidos por muchos, como los atropellos constantes cometidos en contra de los derechos básicos de esa cultura, que parecen hoy captar la atención al nivel internacional.

PALABRAS CLAVE

Etnocentrismo, Invasión, Transgresión cultural, Genocidio, Etnocidio, Dalai Lama.

ABSTRACT

Some days before the Opening Ceremony of the Beijing Olympic Games, the Olympic flame's journey through the main cities of the world has run up against protest and turbulence. In light of these events, this article analyzes a number of facts that can elucidate the possible reasons behind these protests, particularly by some actions taken by China since 1950 when it occupied the Tibet and that had repercussions in the lifestyle of the nation. In general terms, the reader is invited to deepen and reflect on diverse facts unknown by many people, such as constant abuses committed against the basic rights of that culture, which today seem to capture international attention.

KEYWORDS

Ethnocentrism, Invasion, Cultural transgression, Genocide, Ethnocide, Dalai Lama.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la existencia humana, el **etnocentrismo** ha sido una constante histórica presente en todas las sociedades humanas, que examina a los demás grupos sociales desde el punto de vista de la propia cultura. Esta noción racista que enaltece la pertenencia a una cultura superior, fue adoptada y utilizada por algunos para realizar severas comparaciones en perjuicio de pueblos sojuzgados (Loría y Rodríguez, 2000:29-30).

Efectivamente, cada vez más fueron los doctrinarios del racismo como Gustavo Le Bon y Houston Stewart Chamberlain, entre otros, quienes se ocuparon de ese tipo de teorías en el siglo XIX, desde la idea de que los extraños alteraban el alma de los pueblos. Por tal motivo, se empeñaron en impulsar a cada uno de esos colectivos limitaciones geográficas, legales, sociales y económicas, en el mejor de los casos (Lenay, 1994).

Por regla general, el conjunto de teorías racistas justificaron la superioridad de un determinado grupo, acompañado de la convicción de que los "otros" suponían un letal peligro o eran susceptibles a generar desórdenes sociales. Por

consiguiente, el racismo se presentó como un mecanismo de defensa, inamovible e implacable ante las dificultades que enfrentaba un país (Cruz, 1998:28).

Bajo ese espíritu, muchos de los actos de **genocidio** que ha vivido la humanidad en la historia, han sido dirigidos contra pueblos que representan "obstáculos al progreso" y contra personas que interfieren en el cambio que quiere imponer un grupo dominante. Pues la excusa del rescate del "atraso" ha servido para justificar las relaciones de dominio de una cultura sobre otra, así como comportamientos de rechazo y agresión. Ante esa situación, no es de extrañar que el mecanismo ha operado en contra del que es diferente e incluso el que es particularmente frágil.

A fin de entender la razón expuesta, qué mejor ejemplo que la conquista europea en el continente americano, donde los aborígenes fueron "adaptados" a la "cultura superior", a la que se autodenominaba como la correcta y la "salvadora de las almas" (Mires, 1987).

Aunque se ha demostrado que la "raza" es un concepto falso, anacrónico y abandonado por la

ciencia, al carecer de sentido en la medida en que el género humano es uno e indivisible dichas teorías, tal y como se inventaron en siglos pasados, persisten ó renacen como conceptos válidos para algunos en nuestros días, por lo que el racismo, en cualquiera de sus manifestaciones, sea la xenofobia, la segregación social, el odio étnico o las guerras de identidad, pululan todavía en los albores del siglo XXI por toda la superficie del globo (Tarnero, 1997: 6-7).

Concretamente, prevalecen, de manera solapada, prácticas que alimentan la idea de eliminar las diferencias entre los pueblos, intentando crear estereotipos a la categoría de dogma, en el cual han basado las sinrazones de su fuerza a un campo de hostilidad. Bajo la idea de construir una única aldea global, se aduce que el “intercambio cultural” es un fenómeno natural inevitable (Mc Keown, 1996:68).

Si bien estamos de acuerdo que la sana transmisión de costumbres entre pueblos beneficia a todos, debe tratarse de un simple intercambio y no de una **transgresión** de una cultura hacia la otra, que irrespete un principio básico de las creencias y costumbres de los

mismos, y que dé como resultado la absorción y eliminación de tradiciones autóctonas.

De ahí partimos que este conjunto de manifestaciones etnocidas apuntadas, también pueden ser relacionadas con el caso que nos atañe, cuando desde la ocupación de Tíbet se inició la violación sistemática de los principios de respeto y tolerancia. Es así como, desde la segunda mitad del siglo XX, se imponen formas de vida diferentes, en la que la República Popular China ha pretendido eliminar tradiciones y costumbres mediante una **transgresión cultural**.

No es extraño entonces que... *“los Juegos Olímpicos en Pekín han estado cargados de tensión. El recorrido de la llama olímpica ha desatado candentes protestas de opositores al régimen chino.”*... tal y como los medios de comunicación nos han acostumbrado a informar en las últimas semanas (Rojas, 2008:20-22).

A la luz de los traspiés presentados durante el recorrido de la antorcha olímpica por las principales ciudades del mundo y otros hechos relacionados, aunque nos parezcan inadmisibles, ponen al descubierto un ambiente previo de las justas deportivas más

importantes del planeta, oscuro y dividido por la ecuación deporte-política. Mientras que miles de deportistas de todo el orbe ven en este magno acontecimiento la oportunidad para obtener el triunfo como el máspreciado galardón a su esfuerzo y en el que se supone debe existir el espíritu olímpico de la hermandad entre los pueblos; por otro lado, suceden constantes protestas por doquier de quienes alzan voces contra lo que llaman “el desastre olímpico” y los “juegos de la hipocresía” (Sequeira, 2008: 21).

Por consiguiente, el presente artículo no pretende incentivar las hostilidades y mucho menos colaborar a que las justas deportivas más importantes y esperadas se conviertan en una verdadera pesadilla. Por el contrario, promete ayudar a contrarrestar la cruel desinformación mediática e ignorancia que se teje alrededor de la situación tibetana y de los problemas de derechos humanos que han sido ocultados por diferentes gobiernos a lo largo de seis décadas...Sin duda la historia de Tíbet: **no puede ser ocultada.**

Antecedentes históricos

Por más de 4000 años los tibetanos han poblado la meseta más extensa y elevada del mundo, conocida también como “el techo del mundo” y “la tierra de las nieves eternas”. Durante siglos este país, asentado al noreste del Himalaya, fue un verdadero enigma envuelto en el misterio y la leyenda, por lo que el aspecto más fascinante quizás se puede descifrar casualmente en su original cultura, inspirada por el cariño a la vida y la tierra, así como la fusión de lo político, lo social, la devoción y el arraigo a las costumbres (Atlas y Geografía Universal: 1989).

Desde tiempos remotos, abundan leyendas que dan al Tibet extraordinaria antigüedad y la idea de que sus pobladores alimentaron la creencia de que las fuerzas de la naturaleza eran espíritus y dioses que debían ser elevados al punto máximo de la veneración. A ese conjunto de creencias le llamaron el Bón; no obstante, cuando el budismo se introdujo en el Tíbet en el siglo VII, encontró grandes dificultades para imponerse frente a esta religión autóctona. Pese a ello, la doctrina de las diversas sectas existentes

no desapareció, por el contrario, quedaron finalmente fusionadas y el Bôn pasó con el tiempo a formar parte del Budismo Tântrico tibetano (Lewis, H y Lawson, R; 1998).

Lo cierto es que tanto monjes, agricultores, nómadas, comerciantes, entre otros pobladores de Tíbet, fueron unificados por la fe budista, religión que fue adoptada como oficial en el siglo VIII. Más que la cohesión social, a ella se le debe la transformación en la vida de los tibetanos, ya que pasó de ser un grupo de nómadas guerreros a una civilización dedicada a las metas espirituales y artísticas, con profundo respeto a la paz y la armonía (Diccionario de la sabiduría oriental:1993).

Posteriormente, en el Tíbet se sucedieron una serie de conflictos que terminaron en una escisión religiosa en el siglo XI. Con la aparición del Lamaísmo, se inició una época de gran esplendor; tanto los monasterios budistas como los centros de difusión cultural acrecentaron las metas espirituales y artísticas ya presentadas desde mucho tiempo atrás (Las religiones: 1976).

A partir de entonces, el Tíbet fue gobernado por maestros religiosos Lamas durante los siguientes siglos, que no solo representaron la autoridad sino fueron venerados porque se creía que en ellos encarnaba el Buda. En la cúspide de la organización espiritual y política se encontraba el Dalai Lama, manifestación o encarnación del **Buda** de la compasión, quien había escogido renacer en él para servir a la humanidad (Aitken, M: 1995).

Por todo lo expuesto, atreverse a cuestionar e invisibilizar la influencia e importancia del budismo en la cultura y la historia tibetana sería simplemente incomprensible, al igual que si quisiéramos entender la historia europea sin filosofía griega y sin cristianismo (Pérez Arroyo, 1995: 13).

La ocupación militar del Tíbet

El Tíbet, país montañoso y ganadero, nacimiento de los principales ríos de Asia, con yacimientos de petróleo, carbón, hierro e impresionante cultura, se encontró aislado del mundo y de lo que acontecía en él, razón por la cual preservó su cultura y su herencia cultural intacta durante

mucho tiempo. Pese a la condición mantenida por siglos, fue capaz de ser autosuficiente y de alimentar a toda su gente, además de respetar profundamente las diferencias culturales y los derechos humanos, en contraste con otros países en que ocurrían repugnantes hechos de violencia y abusos que socavaban la vida de sus pobladores (Simons: 2002).

A partir de 1570 se confirmó el título de jefe espiritual del Tíbet al Dalai Lama, el cual superó severos ataques y ocupaciones externas de aquellos que vieron en el Tíbet, un verdadero atractivo para sus intereses coloniales. Entre algunos acosos coloniales se recuerdan los del Reino Unido y la China republicana, que trató de convertirla en su provincia a principios del siglo XX. Pese a esas y otras adversidades sorteadas por el líder espiritual del estado Tibetano, este pudo dirigir la vida de sus coterráneos libre e independientemente, hasta tanto los intereses coloniales de la recién República Popular China asediaron de nuevo en 1950 (García; 2005:83).

Mao Tse Tung,¹ proclamado Jefe Supremo de la República Popular China en 1949, inició así una relación de dominio bajo la justificación de “rescatar y liberar” del poderío extranjero al Tíbet, aun cuando en aquella época se contaban pocos extranjeros debido a la dificultoso de acceder a ese país. Sin embargo, las intenciones chinas eran claras en anexionar por completo el Tíbet a la Tierra Madre, ya que según estas le “pertenece históricamente” (Tarnero; 2006:46).

De esta manera, la china maoísta concreta su objetivo y envía un ejército cercano a los 80 000 soldados. Para 1951, la ocupación se consumaba y Pekín imponía un acuerdo denominado Liberación Pacífica del Tíbet, que confería a China la defensa y la política exterior de esa nación. Si bien, este acuerdo daba en principio cierta libertad religiosa y autonomía, lo cierto es que

1. *Mao Tse Tung*, fundador del Partido Nacionalista chino, quien utilizó la plataforma política que le permitió desarrollar su teoría sobre el potencial revolucionario del campesinado. Derrotó a Chian Kai-Shek en 1949 proclamó la República Popular China y gobernó como Jefe supremo de ese país hasta su muerte en 1976. De su mandato se recuerdan dos iniciativas de grandes consecuencias: El Gran Asalto Adelante y la Revolución Cultural del proletariado.

las competencias de la autoridad del Dalai Lama quedaron reducidas solo a ciertos asuntos internos (Rojas, 2008: 20-22).

En el marco de los hechos se obliga a una comisión presidida por Kalön Ngabo Sawang a firmar un tratado de 17 puntos sobre las competencias y delimitaciones del Gobierno Tibetano. Sin embargo, tanto la firma del acuerdo como el proceso en general fue severamente cuestionado, ya que según Kalön Ngabo había sido sometido a condiciones de tortura. Se adujo entre otras anomalías, la falsificación de los sellos del Estado de Tíbet, los cuales se encontraban en poder del Dalai Lama, que contaba entonces con apenas 15 años (Rojas, 2008: 20-22).

Ante la gravedad de las acusaciones, las Naciones Unidas repudiaron las acciones cometidas por el gobierno chino y se proclamó a favor de la autodeterminación del Estado Tibetano. Pero China hace caso omiso de todos los cuestionamientos presentados; así la invasión y la desarticulación política adquiere mayor intensidad, acompañada de una represión en escala. Haciendo prevalecer una técnica clásica conocida en la resolución de conflictos la de dividir para

vencer, el gobierno chino inicia un proceso de desmembramiento de la sociedad tibetana, socavando, en primera instancia, la estructura política del Tíbet. (Ordóñez: 2002)

Por consiguiente, la historia del Tíbet, a partir de la invasión, no solo toma otro matiz sino que la situación parece caer en el más vil de los olvidos. Si bien era de esperar mayores presiones y efectividad de las mismas en contra del gobierno invasor, algunos países como la India reconocen el nuevo estatus del Tíbet como parte de China. Por si fuera poco retiró la guarnición que mantenía en dos puestos comerciales que había ubicado en la frontera tibetana en 1953.

Paralelamente a la ocupación del Tíbet, se convierte en escenario de fuertes revueltas tribales, las cuales fueron brutalmente reprimidas, aniquilando el régimen chino cualquier foco de resistencia armada que pudiera presentarse. Entre esas revueltas destaca, por sus trascendentales consecuencias, un frustrado levantamiento popular presentado en 1959, en que al Dalai Lama no le quedó más alternativa que huir junto a miles de tibetanos, que se dispusieron a seguirle en su diáspora.

Desde entonces Dharamsala, una pequeña ciudad ubicada al norte de India, se convirtió no solo en el refugio de miles de tibetanos sino en el símbolo de la resistencia y la sede del gobierno tibetano en el exilio (Rojas, 2008: 20-22).

Sumida en el peor de los olvidos, el desamparo, la negligencia, el marasmo de la comunidad internacional, el Tíbet ve, con el pasar de los años, cómo el triunfo del oscurantismo maoísta se afianza hasta convertirla en región autónoma en 1965. Las débiles y pocas presiones internacionales y la eliminación de todo tipo de oposición fueron allanando el camino; así la “revolución Cultural” china de 1966, acaba por descomponer el patrimonio espiritual del país. Siglos de vida religiosa son sistemáticamente profanados y reducidos a la nada; la casi totalidad de unos seiscientos monasterios son derruidos y saqueados, el hambre comienza a aparecer, consecuencia directa de la reorganización forzosamente a que es sometida la agricultura bajo el estilo del modelo comunista chino (Ordóñez, 2002).

Las víctimas tibetanas se cuentan por cientos de miles a lo largo de décadas de ocupación. Tanto dicha situación como la negativa del

Dalai Lama de regresar a su país, alienta e inspira a los movimientos independentistas de Tíbet en diversas ocasiones. En particular, se recuerda las jornadas de protesta acontecidas en marzo de 1989, cuando la policía china disparó despiadadamente contra manifestantes tibetanos, que reclamaban mayores derechos políticos y el rechazo a la persecución cultural y religiosa. A consecuencia de este suceso se proclamaron tres jornadas de protestas generalizadas, abortadas mediante la imposición de la ley marcial, que se prolongó hasta abril de 1990.

Al parecer, el destino de los disidentes se tornó en tortura y ejecuciones, particularmente centenares de monjes acabaron en prisión. Pese a las denuncias y reacciones inmediatas de organismos internacionales como las de Amnistía Internacional y el otorgamiento al Dalai Lama, del premio Nobel de la Paz, en 1989, la situación del Tíbet empeoró. Así, en los últimos años, la situación se volvió cada vez más asfixiante, producto de los incesantes atropellos a los derechos humanos.

En la actualidad se calcula que de los seis millones de tibetanos, unos 120 000 se encuentran en el exilio, 100 000 de ellos en India, Nepal y

Bután, el resto dispersos en otros países del planeta. Los expertos creen que la situación no cambiará a menos que Pekín retire a sus representantes de la región, y en particular aducen que la presencia del agente chino, Zhang Qingli desde el 2005, ha indisputado a los tibetanos, porque desde que este se posicionó frente al gobierno regional se ha visto incrementar la represión (Sequeira, 2008: 21-A).

A causa de la dureza del señor Zhang Qingli, acusada por el gobierno tibetano en el exilio, Lasha, capital del Tíbet, se vio sacudida por una serie de protestas en marzo pasado, que se extendieron a otras regiones chinas pobladas por tibetanos. Según grupos protibetanos, el desborde de la represión del régimen chino causó al menos 150 muertos. En tanto, la versión oficial de Pekín reconoció solo un total de 20 muertos, entre ellos, 18 civiles tibetanos y dos policías chinos; asimismo, inculpó y responsabilizó de inmediato de los hechos al Dalai Lama porque, fue el artífice de orquestar los disturbios (Sequeira, 2008: 21-A).

Después de lo ocurrido, el conflicto ha trascendido en una acalorada guerra de palabras. Si bien se ha especulado y se espera un posible acercamiento entre emisarios del

Dalai Lama con personeros del gobierno chino, las acusaciones lanzadas entre las partes presagian un ambiente difícil y hostil para conversar en estos momentos.

A ciencia cierta, China ha manifestado el poco deseo de ceder a las aspiraciones de los grupos protibetanos y ha lanzado constantes diatribas en que les acusa de querer sabotear los próximos juegos olímpicos, tal y como señala la siguiente afirmación...*“Mientras exista la camarilla del Dalái nuestra lucha seguirá. Debemos reforzar la vigilancia y no bajar la guardia.”* Por su lado, el Dalai Lama ha reafirmado su negativa a regresar, hasta tanto no se ofrezca un ambiente propicio, que permita dar la mejor salida a la apremiante situación del pueblo tibetano (*La Nación*, 4 de mayo 2008: 25 A).

En ese contexto, el Dalai Lama se ha visto fortalecido por su extraordinaria firmeza y defensa de los valores humanos básicos, independientemente de una política particular. Él mismo emerge no solo como líder de los tibetanos sino como una gran figura respetada en el plano mundial. Por otro lado, China se presenta como un régimen desacreditado por irrespetar los derechos huma-

nos. Sin embargo, ante lo oscuro y turbio que puede parecer al nivel internacional, China maneja una gran fortaleza que no se puede obviar: su condición como uno de los cinco países con derecho a veto en la Organización de las Naciones Unidas en la actualidad, lo cual lo podría dejar prácticamente en total impunidad por quién sabe cuanto tiempo más. (Sequeira, 21: 2208).

Por todo lo expuesto, nos asalta la siguiente interrogante...¿Es acaso que el gobierno chino ha tirado por la borda y olvidado las enseñanzas perfectamente formadas y definidas por sus ilustres pensadores, que le hicieron valer como una de las civilizaciones más respetadas de todos los tiempos? Bien decía el sabio Mencio...*"El pueblo es lo más importante de un Estado(...) El soberano es el elemento de menos importancia(...) Por consiguiente, para ser soberano hay que ganarse al pueblo(...)"* (Pérez Arroyo, 1995: 311).

La historia oculta de Tíbet

Tradicionalmente, la palabra genocidio, en los diferentes libros de historia, se ha relacionado con masacres humanas, suicidios colectivos y atrocidades cometidas en detrimento de la vida humana. Sin

embargo, este se percibe como un concepto más amplio en nuestros días, principalmente entendido como un acto criminal que atenta contra los grupos humanos en el orden social, lingüístico, religioso o político, que se propone destruir total o parcialmente, o de impedir la conservación o desarrollo de una cultura.² (Cruz, 1998)

Estas apreciaciones llevan a replantear el concepto de genocidio; desde esta perspectiva, no debe limitarse al estudio de centenares de miles de víctimas sino también a incorporar como otro elemento la violación sistemática de los principios de respeto y tolerancia de formas de vida diferentes. De acuerdo con eso, el conjunto de actos realizados desde la ocupación militar de la República Popular China en el Tíbet a inicios de la segunda mitad del siglo XX, presenta manifestaciones claras de un caso típico de etnocidio, siendo la forma más extrema de discriminación anti-étnica.

2. El genocidio fue definido en la convención para la prevención y sanción del crimen del genocidio, declaración adoptada por la Asamblea General de la ONU el 9 de diciembre de 1948 y se cataloga como actos cometidos con la intención de destruir como tal, total o parcialmente, a un grupo nacional étnico o religioso.

En general, se ha comprobado el constante sufrimiento de vejaciones que amenazan no solo la sobrevivencia humana sino la destrucción de la gran mayoría de los invaluable tesoros artísticos, literarios y arquitectónicos, que lesionan el estilo de vida de la cultura tibetana. En ese sentido, las repercusiones de la ocupación se manifiestan en todos los ámbitos, sobre todo en la destrucción y mutilación de la espiritualidad tibetana.

Como si tratara de un catálogo de pesadillas, los herederos de Mao han llevado a cabo una campaña de colonización que ha convertido en minoría a los pobladores originales. En ese contexto, las prácticas etnocidas han convertido en extranjeros a los tibetanos en su propia tierra, mediante la esterilización forzosa de las mujeres y la deportación masiva de la población a otras regiones de China. Para el éxito de la desconfiguración de la sociedad tibetana se ha auspiciado el establecimiento planificado de millones de chinos, que ha trastocado la composición demográfica del país. Esta situación, además de ahogar y perder al pueblo tibetano en un “mar” de población china, facilitaría al régimen chino, a la postre, una posible

“solución final”, si el dilema político de la hegemonía del Tibet lo decidieran llevar a términos de un referéndum (Sequeira, 2008: 21).

Pero si a mutilaciones nos referimos, la mutilación geográfica es quizás una de las más impresionantes: varias zonas de los estados tibetanos orientales han sido convertidas en lo que se conoce como prefecturas autónomas y unidas a las provincias chinas de Qinghai, Gansu, Sichuan y Yunnan. No obstante, cuando se hace referencia a la actual Región Autónoma Tibetana, debemos entender que se trata de una pequeña parte del inmenso territorio original Tibetano. Bajo el pretexto de mejorar las comunicaciones se ha implantado un programa sistemático en esos territorios, de construcción de varias carreteras y aeropuertos, con las piedras y escombros de otrora santuarios budistas. Lo interesante de las obras es que sirven para fines militares, así como han alterado la apacible forma de vida de los tibetanos y la degradación creciente del ambiente (García; 2004:87).

Si bien la nación no puede ser impuesta o prefabricada, el régimen en su afán de continuar con su política paranoica de “liberar pacíficamente” al pueblo tibeta-

no, ha utilizado al mejor estilo de cualquier invasor, un conjunto de métodos para desaparecer la identidad nacional, cultural y religiosa. Como programación social definida han convertido en verdaderos lugares de adoctrinamiento los centros de enseñanza, en los que se ha incorporado la enseñanza obligatoria del mandarín a las nuevas generaciones, debilitando así la lengua original tibetana. En forma paralela se produce la separación de muchos niños del seno de sus hogares y familias, para ser educados en otros lugares de China.

El proceso de transculturización entre ambas sociedades ha operado en el juego dialéctico de rechazo-aceptación. Los tibetanos como grupo resisten normas y valores impuestos; sin embargo, el invasor se ha valido del adoctrinamiento como método exitoso. En el caso tibetano los monjes budistas han jugado un gran papel: cientos de monjes budistas son avasallados y sometidos a un proceso de "reeducación", cuyo fin es enseñarlos a enseñar la "demonización" de la figura del Dalai Lama y la versión china de la historia de Tíbet. De igual manera, se les obliga a cambiar la enseñanza de la filosofía budista por el comunismo, además de exigirles una certifica-

ción oficial otorgada previamente por el régimen chino, con el fin de asegurar la enseñanza de creencias "correctas".

Indudablemente, la cultura tibetana se ha visto aplastada y ensombrecida por la ocupación militar desde cualquier ámbito que se quiera percibir, por lo que se han encargado de borrar todo vestigio cultural que despierte el espíritu nacional, denegando que los pobladores tibetanos vistieran atuendos tradicionales, carguen o posean adornos típicos o símbolos del estado tibetano.

Se percibe así la sustitución forzosa de la identidad por otra; en ese sentido, todo símbolo o figura que despierte el espíritu nacional tibetano es visto como peligroso y desestabilizador. Ante eso, las autoridades chinas consideran al Dalai Lama como su acérrimo enemigo; por ende, se ha dado la prohibición de portar su imagen o tenerla en los hogares. La propia lucha frente al medio provee a los tibetanos de gran coraje, y muchos arriesgan la vida y no temen llevar escondida bajo su ropa la imagen de su líder, ya que este ha representado la unidad tibetana dentro y fuera del Tíbet, tal y como lo resume Dorjee Dewatshang, un

parlamentario en el exilio al afirmar que el Dalai...*“es la personificación del espíritu y unidad de nuestro pueblo: es el jefe del Estado, el líder religioso y, para muchos, incluso la reencarnación de Buda.”* (Sequeira, 2008: 21)

Las consecuencias trascienden los ámbitos apuntados, por lo que la represión perturba también el quehacer económico. Como realidad económico-social, los tibetanos constituyen uno de los grupos sociales más pobres, desprotegidos y explotados. Los chinos controlan la mayor parte de los recursos y han dejado acerca del 70% de los tibetanos por debajo del umbral de la pobreza.

Aunque los hechos mencionados solo significan apenas unos cuantos de los que se pueden enlistar como vejámenes, lo cierto es que han sido un verdadero tormento para el pueblo tibetano. Quizás nos pueden parecer intrascendentes, pero en la realidad traen como consecuencia a los tibetanos castigos categóricos. En caso de que exista alguna oposición o incumplimiento de las normas establecidas, son consideradas por las autoridades chinas como faltas graves contra el sistema impuesto.

En consecuencia, ese conjunto de actos en contra de la población tibetana implica una violación clara a los derechos humanos tal y como se proclama en el artículo segundo de la “Declaración Universal de los Derechos Humanos”. Toda persona tiene todos los derechos proclamados en esa declaración, sin distinción de raza, color, sexo, idioma, religión, política o de cualquier otra índole (...)³

Pese a todo ello, la flojedad, la apatía y la inercia se han apoderado de la opinión internacional. Algunos líderes mundiales evitan interferir sobre el etnocidio tibetano públicamente, pese a que apoyan de manera discreta la lucha del Dalai Lama por mejorar la sombría realidad de los derechos humanos en el Tíbet. Muchos siguen reacios a entrevistarse y aparecer en público con él por miedo a disgustar al gobierno chino, pues China se ha encargado de esconder cientos de actos atroces cometidos, alegando que el Tíbet es una zona autónoma y carece de fundamentos para lanzar acusaciones de ese tipo.

3. Para conocer más en relación a los derechos que toda persona tiene, se recomienda estudiar la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Con gran astucia, el régimen chino controla y usa el recurso mediático a su favor, para hacer creer al mundo, que tanto el Dalai Lama como sus seguidores son agentes dedicados a indisponer a la opinión pública contra ellos, así como de difundir el “falso rumor” de que China oprime al pueblo tibetano. En particular, se ha encargado de presentar ante el mundo, a los grupos protitibetanos como conspiradores y socavadores de la estabilidad y el desarrollo que goza el Tíbet.

REFLEXIONES FINALES

Desde tiempos remotos, los tibetanos han habitado la meseta más extensa y alta del planeta. Estereotipada por muchos como claustro de un puñado de excéntricos monjes budistas, más que eso ha constituido la casa de millones de hombres y mujeres inspirados a lo largo de la historia, por un profundo cariño y devoción a sus costumbres y a los principios de respeto y tolerancia de formas de vida diferentes.

No obstante, desde la ocupación militar China del Tíbet, iniciada alrededor de 1950, la historia de esta apacible nación se tiene que escribir obligatoriamente en antes y después de estos acontecimientos. Mutilada desde cualquier

ámbito, la cultura tibetana se ha visto convulsionada y lesionada ante los más viles vejámenes, que dejan al descubierto no solamente atropellos en detrimento de los derechos básicos de sus habitantes sino en su modo de vida.

Más de medio siglo después de la victoria sobre el nazismo y del terrible descubrimiento de los campos de exterminio, y cuando se creía que todo ese horror era un asunto superado por la humanidad, aparece para asombros de muchos la historia oculta del Tíbet. Si bien en el presente artículo se han indicado apenas algunos actos de los que atentan contra la existencia del pueblo tibetano, la lista en realidad sería, además de vergonzosa, verdaderamente interminable.

De ahí que estas situaciones vergonzosas suceden y los traspiés presentados durante el recorrido de la antorcha olímpica por el mundo, más que inconvenientes, se pueden entender como el lamento de un pueblo que quiere ser finalmente escuchado. Si realmente la administración fuera transparente, China no debería rehusarse, junto con la complicidad de otros países, a firmar los diferentes tratados internacionales que proclaman la defensa al respeto a los derechos humanos.

Como mínimo debe terminar con la evasión de las pocas medidas tomadas al nivel internacional, que sistemáticamente han sido burladas e ignoradas en reiteradas ocasiones, dejando no solo en entredicho la ineficacia de la autoridad del Consejo de las Naciones Unidas sino la prepotencia e irrespeto contra investigaciones serias, que día a día desenmascaran que la cultura tibetana es socavada y agredida constantemente.

Pese al poderío mediático que el régimen chino ha podido desplegar durante décadas, lo cierto es que el desprestigio por irrespetar los derechos humanos ha llegado a límites insostenibles. Así, en los albores del siglo XXI, el desacreditado y poderoso régimen se ve debilitado ante la fortaleza adquirida por la extraordinaria firmeza y defensa de los valores humanos básicos del Dalai Lama, quien durante décadas se ha burlado del materialismo comunista-capitalista, hoy parece emerger no solo como líder de los tibetanos sino como una figura de respeto al nivel internacional.

¿Será acaso posible librarse algún día de estos vergonzosos hechos?, ¿Porqué tanto silencio al respecto?, ¿Es acaso que el poco petróleo, si lo hay, es insu-

ficiente para conmover la sensibilidad internacional?, ¿Adónde han quedado los estados defensores de la democracia y los derechos humanos? Si bien la respuesta es suya, lo cierto es que el caso tibetano ya no puede continuar siendo ignorado. Que sirva para concienciar a las nuevas generaciones, aun cuando este se pueda tomar como un caso alejado y ajeno a nuestra situación geopolítica, que sirva de precedente para evitar posibles situaciones de similar magnitud en nuestros países, los cuales viven una fragilidad política y que pueden llevarlos, en casos extremos, a violaciones parecidas a las que se exponen en el trabajo...Sin duda, la historia oculta del Tíbet no puede seguir siendo tolerada.

FUENTES CONSULTADAS

- Aitken, Molly Emma, (1995). *Meeting the Buda on pilgrimage in Buddhist India*. New York: Riverhead Books.
- Atlas y Geografía Universal, (1989). Editorial Océano. Barcelona, España.
- Cruz, Antonio, (1998). "Los culpables de siempre." Revista: *El Correo*. UNESCO. Migrations Europe.
- Declaración Universal de los Derechos Humanos, (1995). En: *Panorama de un mundo cambiante*. EUCR. San José, Costa Rica.
- Diccionario de la sabiduría oriental, (1993). Paidós Ibérica. Barcelona, España.

- García Lucas, Miguel Ángel, (2005). "Pueblos y estados." En: *El Mundo: Gran Atlas Universal*. V. VII. Editorial Sol. Barcelona, España.
- La Nación*, (2008), 4 de mayo. "Enviados del Dalái Lama llegan a China para reunión." San José, Costa Rica. Consultar en: www.nación.com/mundo
- La Nación*. (2008), 25 de abril del 2008. "Europa pide a China dialogar con Dalái Lama". San José, Costa Rica. Consultar en: www.nación.com/mundo
- Lenay, Charles, (1994). *La evolución: de la bacteria al hombre*. Colección Conocer la Ciencia. RBA Editores; SA. Barcelona, España.
- Lewis, H y Lawson, R., (1968). *Religiones orientales y cristianismo*. Editorial Labor. Barcelona, España.
- Loría Chaves; Marlene y Rodríguez Chaves, Alonso, (2000). *Los inmigrantes chinos dentro de la comunidad costarricense: 1870-1910*. Tesis para optar por el grado de licenciatura en historia. Universidad de Costa Rica.
- Mc Keown, Adan, (1996). "Inmigración China al Perú, 1904-1937. Exclusión y negociación." En: *Revista Histórica*. Volumen XX. n.º 1. Departamento de Humanidades Pontificias. Universidad Católica de Perú. Lima, Perú.
- La Nación*, (2008). "Militantes prochinos protestan en Europa." San José, Costa Rica. 20 de abril.
- La Nación*, (2008). "Mitin chino en Australia por relevo de la (sic)". San José, Costa Rica. 25 de abril. Consultar en: www.nación.com/mundo
- Miramor, Jaime, (1997). *Sobre el Dalai Lama..* Consultar en: <http://fritzgestalt.com/artidalai.htm>
- Mires, Fernando, (1987). *La colonización de las almas: misión y conquista en Hispanoamérica*. 1. ed. Editorial Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI). San José, Costa Rica.
- Ordóñez Goncalves, Luis, (2002). *El Tibet en la actualidad..* Consultar en: <http://usuarios.iponet.es/casinada/22tibet3.htm>
- Pérez Arroyo, Joaquín, (1995). *Confucio. Mencio: los cuatro libros*. Clásicos Alfaguara. Madrid, España.
- Prensa Libre, (2008). "Exploran salida a la crisis en el Tibet.", Mayo, San José, Costa Rica.
- Rojas, Ana Gabriela, (2008). "El refugio de un simple monje." En: *La Nación*. San José, Costa Rica. 13 de abril del 2008.
- Sequeira, Maricel. (editora), (2008). "China ataca otra vez al Dalái Lama pese a plan de diálogo". En: *La Nación*. San José, Costa Rica. 27 de abril. Consultar en: www.nación.com/mundo
- Sequeira, Maricel. (editora), (2008). "Patrocinadores callan ante desastre olímpico". En: *La Nación*. San José, Costa Rica. 27 de abril. Consultar en: www.nación.com/mundo
- Simons, Lewis, (2002). *Tibetans moving forward holding on*. En: National geographic magazine. Abril del 2002.
- Tarnero, Jacques, (1997). *El racismo*. Editorial Paradigma. Madrid, España.